

Ella quedó en silencio, sofocada y aturdida; luego murmuró:

—¡Es... es... es un miserable!

Desfalleciendo, cayó en los brazos de su primo.

Como llamaban la atención de los transeuntes, que ya se detenían para observarlos, él, suavemente, la condujo hacia su casa, y la hizo subir la escalera.

La criada que les abrió la puerta, muy sorprendida, recibió este recado:

—Corre al restaurant, di que traigan pronto dos cubiertos. Hoy no iré á la oficina.



EL BIGOTE

Solles.—Lunes 30 de Julio de 1883.

Mi querida Lucía: Nada nuevo me ocurre. Vivimos en la sala, viendo llover. Como salimos apenas con un tiempo tan malo, nos distraemos haciendo comedias.

¡Qué tontas me parecen las piecitas para salón del repertorio actual! Todo es inverosímil, grosero y pesado. Los chistes, como balas de cañón, lo destruyen todo. Nada ingenioso, natural, alegre ni elegante. Los escritores que hacen tales cosas, desconocen la sociedad, ignoran cómo pensamos y cómo hablamos. Me parecería bien que despreciaran nuestras costumbres, nuestros modales y nuestras convenciones; pero me parece mal que los desconozcan. Para echárselas de irónicos y sutiles, hacen juegos de palabras que avergonzarían á un cuartel; para mostrarse vivos y graciosos, recurren

á las frases de cervecería que los bohemios repiten hace medio siglo; siempre las mismas paradojas más ó menos juveniles.



Jammes

El caso es que, para distraernos, hacemos comedias. Como no hay más que dos mujeres, mi marido hace papeles de criada, para lo cual se afeitó. ¡No puedes imaginarte cómo cambia eso! No le reconozco... ni de día ni de noche. Si no se dejara crecer el bigote inmediatamente, creo que yo le sería infiel; ¡tanto me disgusta verle afeitado!

Verdaderamente, un hombre sin bigote, no es un hombre. No me gusta la barba, que suele dar un aspecto de poco pulido; pero el bigote, ¡oh!, el bigote me parece indispensable para una fisonomía varonil. No puedes imaginarte hasta qué punto esa especie de cepillo, puesto sobre el labio superior, es útil, favorece la fisonomía varonil, y las... relaciones matrimoniales. Se me ocurren, acerca del asunto, una porción de reflexiones que apenas me atrevo á escribir. Te las comunicaría de buena gana... pero

muy en secreto. ¡Es tan difícil encontrar frases para decir por escrito ciertas cosas! Algunas, imposible; no pueden indicarse con otras análogas; y son tan... brutales, que no me atrevo á escribirlas. El asunto



Jammes

es tan difícil, tan delicado, tan escabroso, que se necesitarían muchos conocimientos para desenvolverlo sin peligro.

En fin; ¡peor para ti si no me comprendes! Procura leer entre líneas.

Al ver á mi marido afeitado, comprendí al momento que nunca me permitiría yo fragilidades con un cómico ni con un misionero. Luego, al hallarme sola con mi marido, fué peor. ¡Ay!, no te dejes besar por un hombre sin bigote; sus besos no tienen sabor alguno; son insípidos, absolutamente insípidos. Les falta el encanto, la suavidad... el cosquilleo... el excitante del verdadero beso; el bigote, Lucía, es la pimienta en ese guiso amoroso.

Figúrate que te aplican á los labios un pergamino seco... ó húmedo. Así es la caricia de un hombre afeitado. No produce ningún efecto...

¿Y en qué consiste la seducción del bigote?, preguntarás. ¿Lo sé yo acaso? Por de pronto, hace unas cosquillas deliciosas. Se le siente, rozando la cara, y hace vibrar todo el cuerpo, hasta los talones. En el bigote hallamos el sabor de la caricia, el estremecimiento que sacude la piel, que agita los nervios y que nos arranca una ligera exclamación... «¡Ah!...» Como si tuviésemos calor y frío á un tiempo.

¿Y en la nuca? ¿Sabes el efecto que produce un bigote rozando la nuca? Embriaga y crispa; su impresión hace sacudir los hombros, encoger el cuerpo, inclinar la cabeza; se quiere huir y se desea continuar sintiéndolo; es irritante y adorable. ¡Un encanto!

Y luego... No, eso no lo digo. Un marido que te quiera, que te adore, que se preocupe de tu felicidad, encuentra muchos rinconcitos donde poner sus besos, muchos rinconcitos que tú misma desconoces en ti.

Pues bien; sin bigote no hay detalle ni delicadeza que subyugue; todo pierde su especial sabor... Explicatelo como puedas. Yo me lo explico así: Un labio sin bigote, me parece un cuerpo desnudo, y siempre hace falta ropa que nos cubra; poquita si quieres, pero algo hace falta.

El Creador ha cuidado bien de cubrir todos los refugios que nuestra carne ofrece al amor. Una boca sin bigote, me parece un bosque arrasado, alrededor de una fuente, donde nos agradaba dormir y beber á la sombra.

Esto me recuerda una frase (de un hombre político), una frase fijada en mi cerebro hace tres meses. Mi marido, que no deja nunca de ver los periódicos, me leyó un discurso del ministro de Agricul-

tura, en el cual se decía: «No hay patriotismo sin agricultura». Yo declaro también que «no hay amor sin bigote». Parece cosa extraña, ¿no es cierto? ¡No hay amor sin bigote!

«No hay patriotismo sin agricultura»—decía el ministro—; y ahora comprendo que tenía razón.

Desde otro punto de vista, el bigote adquiere también importancia; da carácter á la fisonomía. El hombre que lleva toda la barba, oculta la mitad de su rostro. El hombre que usa bigote solamente, sin perder su aspecto varonil, descubre toda su cara.

¡Y qué diferencia entre unos y otros bigotes! Los hay puntiagudos como alfileres, amenazadores; esos indican tendencias al vino, á los caballos y á las batallas.

Los hay enormes, caídos, horrorosos; y éstos revelan, por lo general, un carácter excelente, una bondad rayana en flaqueza, una ternura que puede llegar á timidez.

Recuerdo una cosa que me hizo llorar mucho y que, al mismo tiempo, ha influido en la simpatía que me inspira el bigote.

Yo era niña, y vivíamos aquí durante la guerra. Hubo un encuentro á poca distancia de nuestra posesión. Oyéronse disparos durante muchas horas; por la tarde, un coronel alemán se instaló en casa;

pero á la mañana siguiente se fué. Avisaron á papá que había muchos cadáveres en los campos, y los mandó recoger. Poníanlos mirando al cielo, unos junto á otros, en el paseo de los Cipreses, á medida que los iban trayendo; y como empezaban á oler, echaron tierra sobre sus cuerpos mientras abrían una fosa grande. Sólo se veían las cabezas, como si brotasen del suelo, amarillas y con los ojos cerrados.

Quise verlos, y al pasar entre aquellas dos filas de rostros horribles, creí desmayarme. Luego, los examiné uno á uno, imaginando qué habrían sido aquellos hombres. No pudiendo ver los uniformes, cubiertos por la tierra, en seguida conocí á los franceses ¡en los bigotes! Algunos habíanse afeitado sin duda poco antes del combate, y todos llevaban el bigote solo y crecido, que parecía decir: «No me confundas con el enemigo barbudo, muchacha; yo soy tu hermano».

Lloré. ¡Ah!, lloré mucho ante los franceses muertos...

Hago mal en recordarlo ahora. Ya me puse triste y no puedo seguir mis divagaciones amorosas.

Adiós, Lucía; toma un beso, de todo corazón.

¡Vivan los bigotes!

JUANA